

VEINTE

por David Balderrama

Al llegar a este punto
despertaron.

Se fueron todos a la plaza.

Uno de los más jóvenes,
sacó de su bolsillo
un papel, arrugado
que desplegó sin ceremonias,
investido
con la potencia
de su fervor humano.

Los rasgos limpios
de negro púber
desafiaron
el relucir cortante de los dientes metálicos
que ostentaban los cínicos,
diseminados estratégicamente,
cuando leyó;

¡Hay un traidor entre nosotros!

En el Norte no mienten estas manos.

En el sur ni en el Este
nuestras manos no mienten
y ya no mienten las manos del Ocaso.

Y si el morir del sol
mentir ha sido,
todo fue pesadilla!!

Mirando lo rojizo de las tardes . . .

La noche no existía. La tierra es transparente,
el sol es negro, la vida no es misterio
y la felicidad
tan solo el medio de obtener
el poder
para cruzar los muros del espacio.
(y nosotros creímos lo contrario)

De nuestros pies brotaron las raíces.

Nuestros cuerpos chocaron insensibles.

Nuestra mente dejó de funcionar,
creyó que funcionaba.

Al opacarse los brillos de los ojos
nació el engaño de la no -mirada-

Sentimos fracasar nuestro sentido
y trajimos las máquinas
para con ruidos matar nuestras palabras,
solemnizar el alma.

Con eso,
todas las noches el valle se llenaba de temores.

En la punta del monte,
entre más alto el monte, para que fuera penosa
la llegada,
pusimos unas piedras.

Una forma inferior
a la que dimos los frutos del sudor
por adorarla.

Organizamos todo (estupideces).

Levantando ciudades y bajamos en hombros
y entre cantos ridículos
nuestra mierda sagrada.

Y les hicimos templos
templos
templos
y les hicimos templos . . .

Después creímos todos la mentira
y les pusimos nombres
que al escucharlos
o pasar junto a ellos
bajábamos la cara.

Detrás de todo.

Desde que comenzó nuestra locura,
alguien, sobre nosotros,
entre nosotros
pasando por nosotros, observaba.

Cuando subimos a los montes por las piedras
él venía como de la familia.

Nos ayudó a cargar nuestras estatuas.

Escarbó los canales para el cimiento de los templos
a nuestra vera, codo con codo, observaba
observaba.

Al ver que los estúpidos
no estaban en la pose.

Se lanzó a la más bella y emocionante aventura de
su vida.

Cuidó todo detalle. Preparó el escenario.

Le llevó tiempo sembrar esta semilla.

Pensando en la cosecha, paciente la cuidaba.

Por lo que un día,
cuando el sol se ocultó
nos gritó de la playa
de la cumbre, del monte
de la lluvia, del río, de todos
los fulgores del bosque,
de las lágrimas de la luna,
del fuego de la sangre,
del frío, de todo lo que tiene
forma y lodo . . . , lo que no puede
verse ni se palpa
lo que se torna inasequible
pero existe.

Entornando los ojos fijamente
detrás de la penumbra de su máscara,
por mi boca
pronunció en exorcismo solememente:
el Dios habla!

Después todos hincamos la rodilla.

Espantados creímos

Este reptil inmundo
continuó con la farsa

Nos contó de la muerte de los días,
de las auroras, de los arcos boreales,
del simún del desierto.

Del pozo negro, abyecto, que nos dió
escalofríos.

De la flor, de los vientos del centro
y de la orilla.

De toda superficie.

Cuando el final llegó de sus historias
nos habló de la carne.

Como todos estábamos desnudos,
con aquella fijeza de sus ojos.

Sin mover un centímetro
de sus labios delgados
encajados
perfectos en su cara pintada,
caminó entre nosotros, con su decir
silvante, de lengua bifurcada:
¡Esto es pecado!
¡Es pecado sentir!

Clavar entre una piernas
el pedazo de carne para clavarlo dado,
afirmaba; ¡Es pecado!

Y como nuestro error tuvo principio
en haber aceptado como dioses
únicamente piedras.

Comenzamos entonces las erecciones pétreas.

Hicimos un sinónimo de nuestros organismos
con la tierra,
pretendiendo violar el infinito
fecundando la luz
que no creíamos eterna.

La inercia por la práctica de aquello
triunfó sobre nosotros
desplazando la vida verdadera.

Nuestros poderes fueron substituidos
por algo inexistente.

Todo nos fue negado.

Mirar el corte de la esfera. Lo rojo de la sangre.

Escuchar el sonido de los pájaros, lo profundo
y maduro de los lagos.

Pues aquel despreciable. Aquél de voz silvante.

El inventor de mitos y ceremonias. Aquel cara pintada
y de labios delgados,
nos hizo que tomáramos en serio
algo que como un juego
había empezado.

Luego inventó

con pompa una palabra
guirnalda que se puso
en la cabeza con astucia,
cuando el rayo esmeralda
llegó por el Oriente.
— ¡Sacerdote me llamo!
¡De las eternas voces que no mueren,
de la mirada

penetrante,

de la creación, de la virtud, de la
felicidad y la justicia, del amor,
el principio y el principio final
soy el único intérprete ¡

Entonces fuimos arrojados al infierno del miedo
y la ignorancia . . .

Entonces fuimos arrojados al pandemonium circular
de las repeticiones.

Entonces todos los alientos
fueron la plataforma
donde se sienta
y desde la que puede
sin preocuparse
vivir desde nosotros.

Es por eso
que aquella
charlatana casta de -sacerdotes-
origen de las otras,
nos toca con su mano simbolista.

Se nutre de nosotros.

Engorda, engorda.

Y se muere de miedo

cuando sabe,
que no puede llegar otra mañana
sin que nos despertemos.

Morirá sepultado con su templo.